

“Eduardo Braun Menéndez: actividad científica de un médico olvidado (1953-1959)”.

Lic. Javier Magdalena

Introducción

En 1989, a treinta años del trágico deceso del Dr. Eduardo Braun Menéndez, Marcelino Cereijido -doctor e investigador argentino, radicado en México- sentenciaba en un artículo publicado en la revista “Ciencia Hoy” que “*Braun Menéndez nos falta por todas partes*”. En su evocación (marcada por el recuerdo, la admiración y también por algo de pesimismo), Cereijido (1989) aseguraba que el vacío dejado por Braun Menéndez no sólo se debía a su temprana desaparición física, sino al gran golpe que significó para la ciencia de nuestro país.

El motivo de esta investigación es el de desterrar del olvido la actividad científica de Braun Menéndez, enmarcándola en un contexto histórico y en una corriente de ideas bastante singulares. Esta “ausencia”, a la que hacía mención Cereijido, también se puede apreciar también en la escasez de estudios sobre la obra de Braun Menéndez. Su influencia reconocida tanto en los espacios científicos como en los círculos católicos difiere de la cantidad y calidad de producciones historiográficas sobre su legado.

Por este motivo, el siguiente trabajo pretenderá recuperar la contribución del Dr. Braun Menéndez entre los años 1953 hasta su muerte. Este período incluye su participación directa en tres proyectos científico-educativos de distinta naturaleza y envergadura: el Instituto Católico de Ciencias, el Conicet y la Universidad Católica Argentina. Sumados a estos, se hará mención a otros dos espacios en los que colaboró especialmente: el Instituto de Biología y Medicina Experimental y el Instituto de Fisiología de la UBA. Para ello, será imprescindible revisar integralmente sus influencias y anhelos, el contexto histórico y los intereses en juego y los resultados obtenidos en cada una de estas experiencias. Asimismo, se prestará particular atención a los lineamientos científicos y católicos que en su obra lejos estuvieron de concebirse como contradictorios.

Presentación del Doctor Braun Menéndez

Eduardo Braun Menéndez nació en Punta Arenas, Chile, el 16 de enero de 1903. Perteneciente a una familia acomodada, se radicó en Argentina desde muy temprana edad y fue aquí donde desempeñó la mayor parte de su vida académica. Realizó sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA, terminándolos en 1929. Su trabajo sobre la “Influencia del diencéfalo y la hipófisis sobre la presión arterial” -bajo la supervisión de Houssay- consiguió el premio anual a la mejor tesis doctoral. Luego de recibirse, y de perfeccionarse en Inglaterra, se unió al prestigioso equipo del Instituto de Fisiología de la UBA -con Luis Federico Leloir, Juan Fasciolo, Juan Muñoz y Alberto Taquini-, donde profundizó su investigación sobre el mecanismo de la hipertensión arterial nefrogénica. Con su equipo, logró descubrir la angiotensina que modificó la

comprensión y el tratamiento de la hipertensión arterial. En el instituto, Braun se convirtió en líder de investigación en la fisiología cardiovascular desde 1935 y se desempeñó como profesor titular y profesor adjunto en la misma especialidad hasta 1946.

Ampliamente conocido en los círculos científicos, fue miembro fundador de la Sociedad Argentina de Cardiología (1938) que presidió en 1951, secretario de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (1945-48), vicepresidente de la Sociedad Argentina de Fisiología (1953), presidente de la Sociedad Científica Argentina (en 1956, vice entre 1951-56), vicepresidente de la Sociedad Argentina de Biología y miembro de las Academias Nacionales de Medicina y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, entre otras labores.

Bernardo Houssay recordaba a su discípulo y colega de la siguiente manera:

Era a la vez un idealista y un hombre de acción. Su espíritu selecto amaba y practicaba los grandes valores humanos: religión, ciencia, cultura, música y arte, principios morales, amor a la familia y a sus semejantes, fe en el destino humano. Fue un cristiano ejemplar, un creyente que vivía la fe en todos sus actos, que practicó el amor al prójimo y la caridad, que era tolerante y respetaba a los hombres de buena fe y buena conducta cualquiera que fuera su credo (Houssay, 1959, p.101).

No se puede comprender la obra científica de Braun sin tener en cuenta su talento religioso. Sin pertenecer a los círculos más conservadores de la Iglesia argentina, era “militantemente católico” como recordaba Cereijido (1989). Para Braun, la ciencia y la religión formaban parte de un mismo camino hacia la verdad. De hecho, en la editorial de la revista *Ciencia e Investigación*, Braun (1953, p.337) sostenía que “no se puede concebir una ciencia católica contrapuesta a otra ciencia que no lo fuera”.

Además de sus motivaciones cristianas, la actividad científica de Braun consistió en la búsqueda incansable por la excelencia y seriedad de la universidad y de la ciencia de nuestro país. Para lograr este cometido abogó por la creación de universidades o institutos privados y libres imitando algunos modelos internacionales (la Universidad de John Hopkins, en EEUU, por ejemplo), en los cuales, se investigara y enseñara. De hecho, veía una ventaja de estos institutos respecto a la universidad pública, ya que para él “es más fácil iniciar una reforma partiendo de algo nuevo, que tratando de modificar lo ya existente” (Braun Menéndez, 1945, s/e). Intentó persuadir a las “fuerzas vivas del país” –los empresarios- sobre los réditos que podrían brindarles sus inversiones en este nuevo proyecto señalando algunos ejemplos extranjeros. Pese a que nada de esto dio resultado de inmediato, el tema se había instalado y al tiempo se crearon nuevos emprendimientos científicos de semejante calibre –como los de Houssay, Leloir, Oscar Orías y Juan Lewis- con aportes privados. Braun participaría en uno de ellos.

Con la llamada “Revolución Libertadora”, Braun se encontró inmerso en dos proyectos de distinta naturaleza que se concretaron casi en paralelo: la UCA y el

Conicet. Antes de su deceso, Braun ya había renunciado al primero mientras que continuaba presente en el segundo. Asimismo, no perdía su sueño de consolidar un instituto privado de investigación y enseñanza de calidad.

El 16 de enero de 1959, en el día de su cumpleaños número cincuenta y seis, Braun y su hija Magdalena fallecieron en un accidente aéreo cuando se dirigían a Mar del Plata. Nuevamente es Houssay (1959), en su nota necrológica sobre Braun, quien sintetiza su legado:

Con la muerte de Eduardo Braun Menéndez perdió el país uno de sus hombres de ciencia más eminentes, que realizó investigaciones originales, luchó por perfeccionar la Universidad y desarrollar la Ciencia, un espíritu superior, un maestro y protector de la juventud, un dirigente intelectual y moral (p.103).

Braun Menéndez: científico proscripto y católico (1953-1954)

Para insertar apropiadamente la participación de Braun en estas experiencias, debemos comprender algunas peculiaridades del contexto histórico. A partir de 1943, con la irrupción del GOU en la escena política y con la llegada de Juan D. Perón a la presidencia años después, varios científicos (dentro de una gran masa de intelectuales y académicos) abandonaron la universidad pública. Braun Menéndez, quien era Profesor Adjunto, renunció en dos oportunidades a su cargo (una en 1943 y la otra, después de haber sido reincorporado en su puesto, en 1946) en solidaridad con su cesanteado mentor: Bernardo Houssay. Varios colaboradores y colegas de este último siguieron su camino y fueron alejándose paulatinamente de la universidad pública: Virgilio Foglia, Venancio Deulofeu, Juan Lewis, Oscar Orías, Raúl Wernicke, Raúl Trucco, Luis Leloir, Carlos Cardini, Miguel Covián y Hugo Chiodi, entre otros.

La confrontación de estos científicos con los gobiernos del GOU, primero, y peronista, después, se había desencadenado en dos puntos que fueron imposibles de reconciliar: el primero fue la oposición política y pública de Houssay y de algunos de sus seguidores para con estos gobiernos que supuso la exclusión casi instantánea a sus cargos y la falta de reconocimientos entre las partes a lo largo de estos años (Foglia y Deulofeu, 1971); el segundo estuvo marcado por la constante tensión ideológica que existía entre unos y otros sobre los fines que debían tener la universidad y la ciencia en el país (Hurtado, 2010). El tipo de universidad que pretendían aquellos gobiernos no coincidía con los ideales de un numeroso grupo de académicos y científicos quienes abogaban por la libertad de la ciencia y la autonomía en las investigaciones. Este grupo defendía a ultranza la ideología de la “ciencia básica” –que de manera primordial se proponía enriquecer el conocimiento humano- criticando la visión más utilitarista y técnica llevada adelante por el peronismo, por ejemplo.

Desde ese momento hasta 1955, estos científicos y otros muchos docentes quedaron marginados de la universidad y se vieron obligados a continuar su labor en institutos privados de investigación para la ciencia y la cultura. Así aparecieron

el Instituto de Biología y Medicina Experimental, el Centro de Investigaciones de Córdoba dirigido por Orías (1946), la Fundación Campomar a cargo de Leloir (1947), el Instituto de Investigaciones Médicas creado en Rosario por Lewis (1948), y el Instituto Católico de Ciencias (1953). No obstante, y a pesar de las tensiones, los cuestionamientos al programa universitario y científico-técnico del peronismo perduraron a lo largo de toda la década.

En el interregno entre la primera y la segunda cesantía de Houssay, se creó el Instituto de Biología y Medicina Experimental (IByME), dirigido por éste mismo. A él se le sumó Braun Menéndez (como cofundador e investigador) quien además brindó una casa de su padre, Mauricio Braun, para oficiar de centro. Ubicado en la calle Costa Rica 4185, el IByME contó también con la participación de Lewis, Foglia, Orías, Carlos Martínez, Roberto Pinto, Antonio Bernárdez. A ellos se les fueron sumando otros científicos como Chiodi, Covián, Rapela, Gitter y hasta el mismo Cereijido. Subvencionado exclusivamente por donaciones privadas (entre ellas las correspondientes a la Fundación Sauberán, la del Comité de Ayuda, la Fundación Rockefeller, los NIH de Estados Unidos y la Fundación Guggenheim), este instituto resultó ser un espacio de investigación, discusión y actualización científicas, dedicado al estudio de problemas básicos en medicina y biología. El mismo Houssay explicaba:

Este instituto es una de las iniciativas más importantes realizadas en nuestro país, para establecer un centro de investigaciones científicas desinteresadas, de carácter privado e independiente de los recursos y la dirección del gobierno o de sus dependencias (...) Estamos convencidos que este Instituto debe tener vida permanente, para lo cual deberán hallarse recursos y asignarle un personal competente y consagrado (Houssay, 1989 [1945], p. 178).

La participación de Braun en este instituto fue relevante. En 1946, con la expulsión de varios científicos de la UBA y su posible incorporación al IByME, Braun le escribía a Houssay –quien se encontraba en Toronto, Canadá–: “He tratado de organizar las cosas de tal manera que todos puedan seguir sus experimentos iniciados. Tomé algunas medidas para ampliar la capacidad del Instituto que espero usted aprobará a la vuelta” (Braun Menéndez, 1946). Instalados finalmente en el instituto, Braun realizó gran parte de los trabajos sobre la hipertensión, adquiriendo tal reputación por ellos que fue invitado a numerosos congresos y simposios internacionales. También fue solicitado para publicar en revistas prestigiosas de todo el mundo como los *Annual Review of Physiology* y el *Pharmacological Review*. Asimismo, colegas y becarios de Europa, Estados Unidos, Brasil y Chile vinieron al país a trabajar con él en el instituto (Houssay, 1959). Sin lugar a dudas, fue convirtiéndose en una palabra autorizada sobre esta temática y conociéndose como el interlocutor natural de Houssay, Premio Nobel galardonado en 1947.

En paralelo a su actividad en el IByMe y a sus investigaciones particulares, en 1953 comenzó su labor en el naciente Instituto Católico de Ciencias (ICC). El ICC fue creado el 9 de junio de 1953 y funcionó hasta septiembre de 1954 en la ciudad de Buenos Aires. Integrado por un grupo de científicos destacados (Eduardo Braun Menéndez, Miguel Covián, Luis Leloir, Virgilio Foglia, Venancio Deulofeu, entre otros) y bajo el patrocinio del arzobispado de Buenos Aires, este

instituto pretendió convertirse en un centro privado de investigación y de dictado de cursos cortos (de medicina, física y química, entre otros temas) contrapuesto a los espacios de ciencia de la época, que en su gran mayoría estaban regulados y dirigidos por el Estado.

En 1952 el Poder Ejecutivo había decretado una reglamentación que planteaba que el gobierno nacional debía ser el “rector y el organizador de toda actividad que interese al patrimonio social, tanto en el terreno cultural como en el científico”. En el caso de las academias privadas, el gobierno agudizaba su función y se “erigía con la potestad para crearlas, intervenirlas o negarles personería jurídica”. Esta reglamentación se encontraba efectivamente vigente para la creación del ICC, por lo tanto se sostiene que su creación no pasó desapercibida para el gobierno nacional. En este sentido, Houssay (1959) recordaba algunas precisiones sobre el origen del instituto:

Como estaba prohibido que diéramos clases en las asociaciones científicas o en otros sitios públicos, (Braun) organizó el Instituto Católico de Ciencias, donde se dieron muchas clases públicas con todo éxito. Aspiraba a convertirlo en un centro de enseñanza e investigación de selecta calidad, hasta ser la base de una Universidad prestigiosa de la más alta clase (p.101).

Por su parte, Cereijido -quien participó de estos cursos en su época de estudiante- argumentaba en su libro *La nuca de Houssay* (1990) que era de público conocimiento las simpatías políticas de los participantes:

El peronismo había empezado a tambalear, la Iglesia había comenzado una prudente separación que pronto habría de convertirse en estridente divorcio (...) por lo cual el instituto pasaba a adquirir cierto aire subversivo. De hecho, todas las caras que recuerdo haber visto allí pertenecían a gente rigurosamente antiperonista (p.61).

Recordemos que, con el Estado peronista en plena expansión y respaldado por un fuerte movimiento social, la Iglesia Católica tuvo que reacomodarse a partir de la década del cincuenta y consolidar sus espacios. En otras palabras, debió diferenciarse del peronismo para lograr cierta autonomía y responder a los embates que cuestionaban su autoridad. Con la opción de una universidad católica por el momento descartada, los Cursos de Cultura Católica, primero, y el Instituto Católico de Cultura, después, cumplieron esta función. En su afán de consolidar espacios autónomos y de seguir los lineamientos científicos-culturales del Papa Pío XII¹ la creación de nuevos cursos se realizó, en Argentina, en un escenario poco proclive para hacerlo. De la síntesis de estos dos procesos, sumado a la situación ya mencionada de los “científicos proscriptos” que se vieron obligados a desenvolverse en otros espacios y a la aspiración de Braun de constituir centros privados de calidad, surgió esta experiencia del ICC. Así logró definirse como un espacio libre, plural, de discusión, investigación y enseñanza de la ciencia básica que reaccionaba contra las concepciones sobre la ciencia y la educación del peronismo. Inmerso en esta realidad, Braun Menéndez sirvió como ideólogo, promotor, profesor, secretario y administrador de esta propuesta.

¹ Ver, a modo de ejemplo, en http://w2.vatican.va/content/pius-xii/fr/speeches/1951/documents/hf_p-xii_spe_19511115_cultura.html (15/11/1951).

El ICC se insertaba dentro de la órbita del Instituto Católico de Cultura y su sede tuvo lugar en la calle Carlos Pellegrini n°1535. Sus actividades se solventarían con “los aranceles de los estudiantes y oyentes, los aportes fijos o accidentales de instituciones o personas que deseen contribuir al desarrollo del Instituto y las donaciones o legados en favor del Instituto” (Revista Criterio, 1953, p.486). En cuanto a la metodología, Marcelino Cerejido (1989) recordaba en el ya citado artículo de la revista “Ciencia Hoy” lo siguiente:

En la Facultad nos contentamos con saber que ‘tal sustancia ejerce tal efecto’. En cambio, en el Instituto Católico de Ciencias aprendemos además quién lo ha demostrado, qué explicaciones alternativas se han barajado, para qué especies animales son válidas las afirmaciones, hasta qué punto son confiables las conclusiones (...) Lo que más nos subyuga de los nuevos maestros es que no se limitan a hablar de la ciencia: la hacen, son científicos (p.69).

Por su parte, Braun (1953) en ese entonces destacaba que:

En los cursos se procurará hacer participar al alumno en forma activa, por medio de la discusión del tema después de cada conferencia y de ejercicios prácticos que integran la enseñanza teórica; por este motivo se ha limitado a un corto número el de los inscriptos de cada curso (p.338).

La naturaleza del instituto presentó una simbiosis particular: pese a ser un espacio promovido por la Iglesia no se dictó una “ciencia católica” –de corte tomista, por ejemplo- sino que se propició el espacio para la creación de cátedras que fueron encargadas a personas que se habían destacado en las temáticas propuestas. Esto probablemente respondía a la secularización de algunos sectores católicos que habían empezado a tomar distancia de la jerarquía eclesiástica y sus preceptos dogmáticos y a la pretensión de Braun de invitar a los científicos más destacados en cada una de las materias elegidas, fueran católicos o no.

La incompatibilidad de intereses que inspiraban al ICC por un lado y al gobierno nacional por el otro entraron en colisión. Dentro del clima político de agitación y confrontación que rodeó al año de 1954, poco se sabe sobre el cierre del ICC. La única pista es la que destacan Miguel de Asúa y Analía Busala (2011) en su artículo “*Instituto Católico de Ciencias (1953-1954). Más en la leyenda que en la historia*”: según el testimonio de Virgilio Foglia el instituto fue cerrado por la policía y no reanudó sus actividades en el año 1955. Efectivamente, en las publicaciones de *Ciencia e Investigación* se anunciaron los cursos del ICC hasta septiembre de 1954, por lo que el testimonio de Foglia posiblemente sea correcto. Pese a su corta duración, quedó el recuerdo de organizadores y participantes que destacaban el nivel de las temáticas y las metodologías que no respondían a los lineamientos de la educación pública. Y en Braun, la sensación de un deseo inconcluso pero posible.

Braun Menéndez después del peronismo (1955-1959)

El 16 de septiembre de 1955 se produjo el golpe de estado autodenominado “Revolución Libertadora” que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón. Houssay, Braun y Foglia (al igual que otros tantos científicos) fueron reincorporados al Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina (UBA) retomando sus investigaciones. Sin abandonar sus funciones en el IByME, en 1956 Houssay se convirtió en profesor con “dedicación exclusiva” de la UBA. Sin embargo, el 13 de mayo de 1958 dejó la cátedra y se retiró definitivamente de la docencia producto de su edad, de la vasta cantidad de proyectos que se encontraba realizando y de cierta desilusión causada por la falta de respuesta a sus consejos para la universidad y los reiterados pedidos de recursos para su instituto. Naturalmente, Braun y Foglia fueron sus sucesores en la cátedra.

Previo a esto, en enero de 1958, por medio del decreto-ley 1291, se creó el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que dependía directamente del Poder Ejecutivo y que tenía como responsabilidad promover y financiar la actividad de investigación en el plano nacional. Este proyecto había comenzado a gestarse unos años antes por la iniciativa del nuevo gobierno y las peticiones concretas del grupo de los mencionados científicos.

Su primer directorio estuvo conformado por Bernardo Houssay, Félix González Bonorino, Venancio Deulofeu, Fidel Alsina Fuertes, Luis Leloir, Alberto Sagastume Berra, Eduardo De Robertis, Humberto Ciancaglini, Rolando García, Ignacio Pirotsky, Alberto Zanetta, Lorenzo Parodi y Eduardo Braun Menéndez. En la primera reunión del directorio se designó a Houssay como presidente y a García como vicepresidente del CONICET. Pese a las coincidencias iniciales, rápidamente surgieron dos proyectos marcados y con concepciones diferentes entre los miembros directivos: por un lado, el grupo que se alineaba con Houssay –Braun, entre ellos, junto a Deulofeu, Leloir y Parodi- tenía como objetivo –tal como expone Diego Hurtado (2010)-, “crear un sistema de financiamiento centrado en la filantropía y en aportes del Estado con el objetivo dominante de subsidiar proyectos de investigación y becas para el envío de investigadores al exterior” (p.109). Sus destinatarios principales serían los investigadores de ciencia básica, especialmente la biomedicina. El otro grupo estaba liderado por García y González Bonorino, secundados por Pirotsky, Ciancaglini y Zanetta. Proponían un proyecto más amplio, en el cual el conocimiento científico se inscribiera en un marco de aplicaciones industriales, desarrollo económico y necesidades sociales. Abogaban a su vez por el impulso de las ciencias sociales y por el fomento de las investigaciones en el interior del país. Dos grupos, dos proyectos y dos presupuestos: las primeras peleas, relacionadas con las asignaciones de las becas, no tardaron en llegar. De acuerdo al testimonio de Rolando García (2006) las primeras tensiones internas con Houssay fueron superadas por la mediación de Braun Menéndez:

Las negociaciones internas fueron posibles gracias, en buena parte, a que pese a profundas diferencias ideológicas se priorizó siempre el desarrollo académico. Personajes como Eduardo Braun Menéndez o Venancio Deulofeu, a pesar de ser profundamente conservadores

apoyaron nuestro proyecto. Su apoyo fue fundamental para, por ejemplo, traer la primera computadora que tuvo este país: Braun Menéndez fue quien convenció a Bernardo Houssay de abstenerse en la votación del Consejo del CONICET para aprobar el presupuesto correspondiente (p.26).

El mismo García, pese a sus diferencias con Braun, engrandecía a este último exponiendo:

Siempre dispuesto al diálogo constructivo, con una clara concepción de la educación superior y de la política científica que necesitaba el país, Braun Menéndez fue para nosotros el interlocutor obligado y el mediador de indiscutida autoridad en los momentos de tensión que vivimos tanto en el Consejo de Investigaciones como en la universidad (Ciapuscio, 2007, s/e).

El papel de Braun en el Conicet, para sus contemporáneos, era fundamental. Al respecto, Adriana Puiggrós (2003) sostenía:

Los más importantes referentes de la universidad del período 1955-1966 expresan que Braun Menéndez era quien articulaba la universidad con el Conicet, quien mediaba entre Houssay y los jóvenes investigadores, y una persona capaz de aceptar la decisión de la mayoría reformista, siendo un firme militante humanista (p.306).

Por su parte, Cereijido (1994) exponía los intereses de Braun en este tipo de iniciativas:

En cierta ocasión (Braun) nos explicó que, si bien le encantaba el trabajo de laboratorio, consideraba más útil consagrarse a dirigir a los jóvenes, quienes de otro modo no habrían accedido a la formación que él consideraba imprescindible; dadas las circunstancias, le parecía egoísta negarse a participar en el desarrollo de las instituciones científicas claves -Facultad de Medicina, Universidad, Conicet-. (p.162).

La figura de Braun Menéndez tenía su peso propio dentro del Conicet: su participación como tutor de jóvenes e interlocutor de Houssay no pasó inadvertida, así como tampoco su ausencia, consumada su muerte.

Volviendo al plano universitario, Houssay y Braun aceptaban la aparición de universidades libres que permitieran la enseñanza, la investigación y la búsqueda del saber en un clima favorable. De hecho, Braun lo veía como una prioridad en el sistema educativo superior y una perpetuación de sus anhelos:

No creo en la posibilidad de convertir a nuestra "so called" Facultad en un centro universitario de verdad. La única solución, a mi juicio, es la universidad privada, y me he impuesto la misión de trabajar por ella (Hurtado, 2010, p.105).

Restaba la aprobación del gobierno para que la universidad privada, habilitada en todos sus sentidos y en todas sus formas, tuviera lugar en la educación argentina. Esto ocurrió con la reglamentación, bajo la presidencia de Frondizi, del discutido artículo 28.

En 1958 empezó a funcionar la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires. Fundada por el Episcopado Argentino, se trataba de la consolidación de la tendencia más tradicionalista de la Iglesia y una superadora continuidad de los Cursos de Cultura Católica y del Instituto Argentino de Cultura Católica. La continuidad, sin embargo, no se vio reflejada en la designación del

rector: Octavio Derisi fue nombrado rector de la UCA relegando a Luis María Etcheverry Boneo, responsable de los institutos. El primer Consejo Superior estuvo integrado por Eduardo Braun Menéndez, Ángel Battistessa, Guillermo Blanco, Atilio Dell’Oro Maini, Agustín Durañona y Vedia, Luis María Etcheverry Boneo, Alberto Ginastera, Faustino Legón, Gerardo La Salle, Emiliano MacDonagh, Francisco Valsecchi, Amancio Williams y Ricardo Zorraquín.

La UCA, de acuerdo a su página oficial, inició su actividad con alrededor de 600 alumnos, tres facultades (Ciencias Sociales y Económicas, Derecho y Ciencias Políticas y Filosofía), cinco institutos (Lingüística y Estudios Literarios, Música, Ciencias Fisicomatemáticas e Ingeniería, Ciencias Naturales y Teología) y dos órganos auxiliares (el Instituto de Cultura y Extensión Universitaria y el Departamento de Biblioteca y Publicaciones).

Al igual que en el CONICET, pronto surgieron discrepancias dentro del consejo directivo sobre el modelo que debía seguir esta nueva universidad y sobre su conducción. Quien planteó severas diferencias con la orientación y los modos que la universidad católica pretendía fue Braun Menéndez. Braun disenta en que primase el criterio de la catolicidad en la selección del personal docente en la universidad privada. Nuevamente en *Cel*, Braun (1957) argumentaba que “si los maestros elegidos tuvieran la alta categoría universitaria, científica y moral indispensable, nadie escudriñará su pasado, y nadie se interesará por sus ideas políticas o por sus tendencias en el campo católico” (p.98).

En su artículo “La ley universitaria” publicado también en *Cel* en julio de 1958, Braun reafirmaba ser partidario de la creación de universidades privadas en el país pero creía que el proceso de formación de una universidad católica debía ser gradual, planificado y sólido. No aceptaba la aparición de un espacio católico de enseñanza superior que naciera de la noche a la mañana, ni que su único aliciente sea el de dar títulos habilitantes. Un espacio así estaba destinado al “fracaso seguro” (Zanca, 2006, pp.120-135). Braun había abogado por la aparición de una universidad privada –como centros libres de enseñanza e investigación- y por la eliminación del monopolio del Estado en la emisión de títulos habilitantes durante muchos años. Sin embargo, al momento de la creación de la UCA fueron muy notorios sus desacuerdos con el resto de los directivos. Mientras que él proponía la creación y consolidación paulatina de un espacio de enseñanza e investigación calificado, la jerarquía eclesiástica esgrimía su apresuramiento por concretar esta oportunidad histórica. Más aún luego de lo acontecido en torno al acalorado debate (con manifestaciones incluidas) de 1958 sobre la enseñanza libre o laica.

Dadas las diferencias, Braun decidió renunciar al Consejo Superior y su lugar fue ocupado por el jesuita Mariano Castex, quien oportunamente había criticado a Braun en la revista *Estudios* (Zanca, 2006). Sin nombrarlo directamente, Castex criticaba a quienes querían formar universidades “al modo de las antiguas academias griegas, (haciendo) surgir su esbozo universitario alrededor de núcleos de alta investigación (...) Ya no se trata de como ‘iniciar’, sino de cómo ‘proseguir’ la tarea” (Zanca, 2006, p.125). En otras palabras, lo que

para Braun era un requisito inobjetable para la creación de cualquier casa de estudios seria, para varios miembros del Comité se transformó en una apreciación obstructiva e innecesaria.

El presbítero Rafael Braun confirmaba la disconformidad de su padre en el surgimiento de la UCA en una carta que enviaba al diario La Nación el 3 de diciembre de 2007:

El doctor Eduardo Braun Menéndez falleció el 16 de enero de 1959 en un accidente aéreo. Hasta el último día de su vida, nuestro padre manifestó su desacuerdo con el modelo universitario adoptado en la creación de la Universidad Católica Argentina (UCA) (p.s/e).

La aparición de la UCA consolidaba los sueños históricos del catolicismo de consolidar una casa de estudios capaz de emitir títulos. Aunque, como se expuso, los anhelos de Braun sobre una universidad de este tipo no se reflejaban en su organización. Su muerte, meses después, imposibilitó algún tipo de incidencia en la consolidación de la UCA como centro libre de investigación.

A modo de conclusión

En esta exposición se pretendió dar cuenta de la participación científica y universitaria más relevante de Eduardo Braun Menéndez entre 1953 y 1959, así como sus ideas (y sus concreciones) en el contexto histórico que le tocó afrontar. Explicar el pensamiento y el accionar de un científico, católico, con simpatías liberales (para algunos) y conservadoras (para otros) nunca será tarea fácil. Sin embargo, su inagotable contribución para la medicina, la universidad y los científicos de nuestro país, invita al menos a intentarlo. En estos años investigados, se vio en Braun una incansable búsqueda (con aciertos y errores, simpatías y diferencias, entusiasmos e insatisfacciones) por lograr mayor calidad, seriedad y crecimiento en la ciencia y en los científicos argentinos. Búsqueda que se dio en un contexto (universitario, científico, histórico y político) enrevesado y no siempre complaciente con sus aspiraciones. Su exquisito inconformismo, podría decirse, fue el motor de su obra científica que aspiraba a colocar a la ciencia y a la universidad argentina en el lugar que pretendía estar.

Al igual que Alfredo Lanari en el acto de sepelio, esta investigación pretendió reflejar, que “Eduardo Braun hizo más y mejor que todos nosotros” (Firmat, 1979, p.855).

Bibliografía

Asúa, M. de y Busala, A. (2011), "Instituto Católico de Ciencias (1953-1954). Más en la leyenda que en la historia", *Criterio*, (2368). Disponible en: <http://www.revistacriterio.com.ar/cultura/instituto-catolico-de-ciencias-1953-1954-mas-en-la-leyenda-que-en-la-historia/>.

Braun Menéndez, E. (1945), *Universidades no oficiales e institutos privados de investigación científica* (folleto), Buenos Aires, s/e.

Braun Menéndez, E. (1946), Carta A Houssay, en Hurtado, D. y Fernández, M. (2013), "Institutos privados de investigación "pura" versus políticas públicas de ciencia y tecnología en la Argentina (1943-1955)", *Asclepio*, 65 (1). Disponible en: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.10>.

Braun Menéndez, E. (1957) "Las etapas para la creación de una universidad privada", *Ciencia e Investigación*, XIII (3), p. 98.

Braun Menéndez, E. (1958), "La ley universitaria", *Ciencia e Investigación*, XIV (7).

Buchbinder, P. (2006), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana.

Caimari, L. (1994), *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel.

Cereijido, M. (1989). "Braun Menéndez nos falta por todas partes". *Ciencia Hoy*, 1(3), p.67-69.

Cereijido, M. (1990), *La nuca de Houssay*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Cereijido, M. (1994), *Ciencia sin seso. Locura doble*, México, Siglo XXI, Editores.

Ciapuscio, H. (2007), "La universidad que él quería", *Diario Río Negro*. Disponible en: <http://www1.rionegro.com.ar/diario/2007/12/11/200712o11s02.php>.

Ciencia e Investigación (1953), "El Instituto Católico de Ciencias" (Editorial), 9, pp. 337-338.

Criterio (1953), "Instituto Católico de Ciencias", (1190), p. 486.

Fiorucci, F. (2011), *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos.

Firmat, J. (1979), "Cartas al Comité de Redacción: Eduardo Braun Menéndez", *Medicina*, Buenos Aires, vol. XXXIX (1), p.855.

Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores) (1971), *Bernardo A. Houssay, Su vida y su obra, 1887-1971*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

García, R. (2009), "¿Hacia dónde van las universidades?", Buenos Aires, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA). Disponible en: http://digital.bl.fcen.uba.ar/Download/Libros/Libro_0006_RolandoGarcia.pdf.

Houssay, Bernardo (1959), "Vida y obra científica de Eduardo Braun Menéndez (1903-1959)", *Ciencia e Investigación*, 15 (4-5), pp. 97-104.

Hurtado, D., y Busala, A. (2002), "La divulgación como estrategia de la comunidad científica argentina: La revista Ciencia e Investigación (1945-48)", *Redes*, 9 (18).

Hurtado, D. (2010), *La Ciencia Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.

Instituto de Biología y Medicina Experimental (s/f), "El orgullo de pertenecer". Disponible en: <http://www.ibyme.org.ar/institucion/2/historia>.

Jaim Etcheverry, J., "La concepción universitaria de Eduardo Braun Menéndez", *Medicina*, Buenos Aires, 60 (1), 2000.

La Nación (2007), "Carta de lectores". Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/967607-cartas-de-lectores>.

Puiggrós, A. (2003), *El lugar del saber. Conflictos y alternativas entre educación, conocimiento y política*, Buenos Aires, Galerna.

Sáenz Quesada, M. (2007), *La Libertadora: 1955-1958*, Buenos Aires, Sudamericana.

Universidad Católica Argentina (s/f), "Los comienzos de la Universidad". Disponible en: <http://www.uca.edu.ar/index.php/site/index/es/uca/la-universidad/historia/los-comienzos-de-la-universidad/>

Zanca, J. (2006), *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, Buenos Aires, Fondo De Cultura Económica, pp. 120-135.